

Don Corleone acaricia a un gato

la voz
estrangulada
por la falta de uso civil

una mano planta
canarios muertos
en la boca de los que cantan

y otra mano
sube a contrapelo
por el espinazo de la nada:

ay de mí,
cabeza de caballo
perdida
entre sábanas de seda.

Perro anda-luz

Un navajazo de la oscuridad lo vuelve perro anda-luz: el ojo no sabe bajar las escaleras de su propio edificio. Ládrale al abismo, pero ni oler puede la escala de cromo que llévanos a morder el hueso de la certidumbre: el ojo, cachorro, no suelta la teta que lo envenena, se atraganta de la materia que lo niega, pide más, ladra a contraluz, hace fiestas a la nada, aúlla de hambre el inútil: la nada es perra vieja que no da de mamar. El ojo fuerza su esfínter y pónese a torear hormigas y manos muertas: muerde sólo lo conocido. Ojo mamón, perro que engorda en la tranquera.

Cayetano Murature

Cayetano Murature
albañil jubilado
siciliano de profesión
está mirando los tomates que se achicharran
en esas plantitas
crucificadas dulcemente
sobre andamios de caña
y paja brava.

Con apenas dos dedos acaricia
la piel triste de un tomate.
Con los mismos apenas dos dedos
se toca las mejillas:
triste la piel, arrugada,
curtida de sal,
como si el Mediterráneo se hubiera evaporado
de un soplido de Dios,
desnudando los tristes acantilados
de Sicilia y de Cerdeña.

Triste la piel,
tristes los tomates.
A Cayetano Murature las sequías de la piel
no le molestan
pero las arrugas de los tomates lo enfurecen.
Dos meses sin lluvia.

Allá lejos
el río se ha vuelto un barro chirle.
De la canilla caen
de tanto en tanto
dos gotas
como para probar que el agua existe.

Cayetano le da vueltas a la cruz
y se agacha hasta el pico para mirar
y ver
cómo una gota le apaga el pucho
y otra le entra en el ojo:
-Porca miseria -dice Cayetano Murature-, porca yuvia,
porca caniya e la puta que lo parió al Duce.

Cayetano Murature le tira una patada al cañito oxidado
y le erra
y le da al aire
entonces
tremendo patadón,
con tan mala suerte
que el aire se raja en un zigzag celestial.

Cayetano ve cómo la rajadura se va para arriba,
cómo la atmósfera se parte en dos
hasta las nubes.

Mira a un costado,
mira al otro.
Cayetano Murature mira.
Y piensa.
Y mira otra vez
la rajadura del aire.

Toca con un dedo.
Piensa.
Toca con otro dedo.
Piensa.
Calza un pie.
Piensa otro poco.

Y después
sonríe
feroz.

Cayetano Murature
se dejó un par de cosas
allá abajo:
unos anteojos de carey
una cajita de rapé
vencido
una mandolina
que trajo de Ragusa.
Nada más.

Dicen algunos
que Cayetano Murature
se murió.

Dicen otros
que se fue trepando
por el aire hecho de vidrio.

Que se fue.

Y que todavía le anda peleando la lluvia al cielo.

Tanguito del espejo

quisieras tocarlo a ese que está ahí
en el fondo
darle un empujón de luz en la nuca
decirle aunque sea nomás por señas
que las rajaduras son del vidrio
y no de la mirada
que no es el aliento
el que empaña
por más que respirar duela
quisieras besarlo a ese que está ahí
darle aunque sea nomás un tirón de orejas
feliz cumpleaños decirle
regalarle este lado de la vida
prenderle velitas
sos un santo decirle
mirá qué vida estás haciendo decirle
salí a mirar decirle
antes de que Algo apague la luz.

(...)

nada en los poemas viejos

bestia plana la sequía
de lo que no se pudo decir.

Segunda introspección

Como un territorio ennegrecido
hasta los bordes
amargo
como un río mutilado
aferrado a esta orilla única
respiro
escribo
atestiguo la muerte.

Agujero negro

Esa boca que devora el centro de la galaxia
dejando el borde azucarado para después
no es una boca: del agujero sólo se puede decir
lo que el agujero no es. No es boca ni dice,
o lo que dice es palabra negra, pura implosión.
Quién otro sino un dios cabeza de alfiler
puede doblar así el espacio, plegar sin crujido
todos sus vapores y metales, volverlo pañuelo
paloma conejo en su galera de una sola vía,
moridero o esencia del arte de la desaparición.

(inédito)

el señor H., filósofo de derechas, reflexiona honestamente
mira por la ventana del Club House y ve:
ve los juegos pacíficos de los niños
las mamás rubias
los papás bronceados
las casas amplias y llenas de sol
los bebés gateando en los jardines
los vecinos que se saludan sonrientes
los perros gordos y adormecidos
los bellos adolescentes envueltos en nubes
de música y poesía inglesa
paz y belleza
paz y belleza
sólo paz y belleza
de este lado de las púas.
Nos lo hemos robado todo.
-se dice apurando el trago-
Todo.

Hasta la utopía.

(...)

mi amigo jorge viene y dice que hay una mujer
que va y le estalla
y le relampaguea
como una tormenta debajo del cuerpo
y a los ahí presentes,
de cuerpo presente
de pie
ante la poesía
se les enciende el sexo
se les arracima la luz
en esas inflorescencias
y
cosa extraña
para los tiempos que corren
uno casi puede oír cómo resbalan
hasta el suelo
sedosamente
los documentos de identidad
y otras prendas íntimas
cómo se escurren del cuerpo presente
cómo se amontonan
cómo se queman
cómo calientan el cuerpo presente
cómo lo dejan ir desnudo
a buscar los cuerpos ausentes
vive dios:
no hay como un buen poema
para que el cuerpo vaya
y se anime
a dejar solita el alma.

CONTRATANGO

a Gloria Geberovich
que lo canta como ninguna.

Volver

con la frente marchita
cuando hay suerte
porque a veces
se vuelve
sin ojos
sin frente
se vuelve como por una puerta de
sal
se vuelve con las manos abiertas
se vuelve por volver nomás
en una canción secreta
en un olor que te desnuda
en una mirada
que te atraviesa
volver
se vuelve
aunque duela
y allá nadie te espere.

(...)

por momentos
sufro una profundidad
oceánica:
es cuando mirarte
es estar ahí
sosteniendo esa
transparencia tuya
que me asfixia
es cuando la piel es una
obligación
un fulgor que muerde las
manos
o cuando la orilla es un
atajo
que duele y atrae desde el otro
lado
entonces
me digo
habrá que respirar hondo
creer en la verticalidad del
deseo
hundirse
con los ojos abiertos
y rogar
sobre todo
que crezcan
rápido
las branquias.

Ana Paula Daumal

Cerro Chaltén, Santa Cruz, 15 de Enero de 1992

Las condiciones del pájaro solitario son cinco.

La primera, que se va a lo más alto;

La segunda, que no sufre compañía

aunque sea de su naturaleza;

La tercera, que pone el pico al aire;

La cuarta, que no tiene determinado color;

La quinta, que canta suavemente.

San Juan de la Cruz

Dichos de luz y amor

A mil trescientos metros de altura
Ana Paula Daumal cuelga apenas
de las cuerdas del viento.
Entre violines de espanto trepa Ana Paula,
los dedos de musgo
entrando en la pared sur del Chaltén.
Sursum corda
se repite Ana Paula
y el viento dice que no, dice que no.
Con el corazón no alcanza, dice Ana Paula
y clava los ojos en las grietas
y a la mirada le crecen músculos
jadeos, sudor de luz.

Allá abajo duermen todavía,
como en un nido de nieve,
tres italianos y un español.
Uno de ellos
-no sabe cuál -
le ha entrado en el cuerpo
hace apenas dos horas.
En los muslos siente todavía
los rastros de calor de esas manos tan desconocidas
y tan necesarias.
Al fin y al cabo todos los hombres son iguales
se ríe Ana Paula
(pero el viento dice que no, dice que no)

Vení conmigo, vení conmigo
había gemido Ana Paula
debajo de los estertores del hombre
que se vaciaba en ella.
Pero él ya se había dormido
sobre pequeña hoguera o pecho de mujer.
Qué raro, pensó Ana Paula,
los hombres vacíos pesan más,
el deseo los hace livianos por un rato,
pero después caen a plomo y se duermen
o se mueren.
Ana Paula empujó con piernas y brazos
buscando el desahogo
y comenzó a vestirse con lentitud de novia
y de caballero medieval.

La montaña es un dragón de hielo
todavía dormido.
Ana Paula se disculpa cada vez
que clava acero en el lomo de hierro:
No te despiertes, susurra Ana Paula
sólo soy yo
sólo soy yo
tu Ana Paula Daumal
trayéndote el fuego.
Prometeo desencadenado
en camino de regreso
arde Ana Paula Daumal:
confunde cóndor con buitre
instante con llanura
cima con eternidad
arde Ana Paula
se quema en el alto puente
donde el deseo de vivir
es como el deseo de morir.

No me vas a matar dos veces
dice Ana Paula
y hunde en la nieve dura
todos los clavos
todas las cruces
- sobre todo una-
del cementerio andino

de allá abajo
en otra montaña
que es y no es la misma
que la mató la primera vez.

Al fin y al cabo
todas las montañas son iguales
jadea Ana Paula
y el viento dice que sí
y el viento dice que no
pero Ana Paula
ya no escucha,
los pies envueltos
en una nube de luz
que se ha encendido de repente:
entre nubes negras
ha venido el sol.
Ana Paula ya no escucha el viento
ni las voces terrestres
que gritan
que no
que vuelva
que ya viene la tormenta.

Los ojos también necesitan respirar
piensa Ana Paula
mientras aprieta fuertemente los párpados
la mirada ahogada en la nube luminosa
que la encierra y la algodona,
diamante de carne endurecida
por la voluntad
y el cardumen que el dolor
soltó por sus músculos
como andanada de flechas de plata.

Pero el viento perro
perro fiel
muerde la nube allá arriba y la desgarrar
y Ana Paula ve la cima
al alcance de los dedos
y más allá un pozo de cielo
y Ana Paula siente que cae en ese agujero
que no puede más de azul

y sin darse cuenta llega
y siente que la montaña la sostiene
y la levanta
antorcha pagana
sobre las oscuridades del mundo.

Ana Paula sabe que es hora de bajar.
Saca la foto del hombre muerto
y la deja en un pequeño altar de roca y nieve.
Ahora te voy a prestar mis ojos, dice,
para que veas lo que no pudiste ver.
Y Ana Paula mira
y en la mirada hay el doble de brillo
y hay un deseo doble.
Hay silencio alrededor:
la tormenta se ha quedado inmóvil
como un gato antes del salto final.
La mirada de Ana Paula
le pesa
y le dobla las piernas
y Ana Paula aprende,
mientras cae de rodillas,
no se puede sostener a la vez
la propia mirada
y la mirada de los muertos
(porque los muertos siempre piden más)

*En la belleza camino
con la belleza ante mí camino
con la belleza detrás de mí camino
con la belleza encima y alrededor de mí camino*

*todo termina en belleza
todo termina en belleza (1)*

Ana Paula Daumal apenas alcanza
a escuchar esa otra voz dentro de su voz
mientras canta suavemente
y se duerme.

(1) Yeibichai (El Camino de la noche) Cántico navajo

María Delfina Alvarado, viuda de Bianchiotta

Puerto Madryn, Chubut, 25 de Mayo de 1956

*Les vieux ne meurent pas, ils s'endorment un jour et dorment trop longtemps
Ils se tiennent par la main, ils ont peur de se perdre et se perdent pourtant
Et l'autre reste là, le meilleur ou le pire, le doux ou le sévère
Cela n'importe pas, celui des deux qui reste se retrouve en enfer*

Jacques Brel "Les vieux"

María Delfina Alvarado, viuda de Bianchiotta
caminaba pegadita a su sombra
todas las mañanas de otoño en que había sol.
- En otoño se puede caminar – explicaba a sus nietas -
Las viejas como yo tienen que tener cuidado
con el viento oeste.
Te tumba.
Y es capaz de llevarte
de puro jodido que es.

Noventa y cuatro años
tres meses
y seis días
cumplía María Delfina
ese veinticinco de Mayo
en que el pueblo seguía queriendo saber
de qué se trata.

María Delfina Alvarado, viuda de Bianchiotta
odiaba su sombra:
- Dejame en paz – le decía – dejá de andar jodiendo
encolada a mis pies. Quién te conoce.

María Delfina
envidiaba a los pájaros:
- La sombra no los alcanza allá arriba – se explicaba
mientras medía con pasos cortitos
el túnel de pinos piñoneros
taladrado entre la avenida y el mar.
- Jodida sombra. Jodido viento. Vida jodida ésta – salmodiaba María Delfina
entre dos cuchillazos de reuma.

El sol del Veinticinco
viene asomando
y la sombra de Delfina se alarga
y es una pincelada oscura y oblicua
sobre la vereda rota por años retorcidos
como raíces.

- Jodida vereda – le decía María Delfina a su vecina -

No es que yo tropiece:
es la sombra que se m'enrieda en las raíces.

Se juntan para desgraciarme.

Son como dos viboritas:

sombra y raíz

sombra y raíz.

Se me anudan sobre los empeines.

moñitos negros me atan sobre los pies.

Moños de sarcófago que me pesan y me queman

y que en un tropiezo de éstos

me mandan derechito al hoyo.

- Al fin y al cabo ahí se fueron
todos los que conocí – explicaba María Delfina
al joven taxista que la había ido a buscar.

- Fijesé: tantos y tantos que anduvieron
por esas calles de dios

¿qué son ahora?

unos huesitos.

unos recuerdos acá – María Delfina se tocaba los pocos cabellos- Nada más.

- Y algunos de los que conocí

ahora son cartelitos en una esquina. Le voy a mostrar. -

y le indicó tres o cuatro esquinas

bautizadas con los nombres

de modestos próceres de pueblo.

- Con éste me acosté.

- Con éste también.

- Con éste no quise saber nada

Pero ahí se apea María Delfina. Y calla.

Allá a dos cuadras el palco comienza a crujir

bajo zapatos y botas confraternales:

están el Intendente, el Gobernador Militar

el Comisario, la Mujer del Comisario

el Cura, la Mujer del Cura

y varios otros figurones patrios.

- Jodidos políticos – rezongó María Delfina – Jodidos militares.

Cuándo se dejarán de joder.

Ajeno a las cosas de los hombres
un remolino, hijo bastardo del Viento Oeste,
vino rugiendo como un tren enloquecido,
la agarró de atrás y la remontó:
un sacudón seco y suave.

Demasiado vieja para asustarse
María Delfina alcanzó a ver cómo los pies
se le despegaban de su sombra
y sonrió
y subió
y subió.

Y se dejó acariciar por el aire
y vio que el aire era bueno
Y se dejó entibiar por el sol
y vio que el sol era bueno
y se dejó lamer por el vértigo
y vio que el vértigo era mejor

y entonces María Delfina
lloró a carcajadas, de placer;
se partió en cuatro espasmos de risa
y después se hizo pis
encima, no de ella
encima del palco en plena función.

El Cura se pasó la mano por la calva y bendijo:

- La lluvia es la sonrisa del señor.

El Comisario recibió la fresca llovizna
en pleno rostro

y se hinchó de orgullo patrio:

- Igualito que aquel veinticinco – se dijo. Y lloró.

La Mujer del Comisario vio el puntito de satén gris
que era todavía María Delfina

y señaló:

- Es un pájaro

- Es un avión – terció la Mujer del Cura

- No – dijo el Intendente – es una bolsita de nylon. Me cago en el Basurero Municipal./

Catherine Roberts - Davies

Punta Cuevas, Puerto Madryn, 20 de agosto de 1865

...es interesante el hallazgo en 1995 de una tumba a 160 m al SSE de las excavaciones de Punta Cuevas. Se trata de una mujer de raza blanca y de edad mediana, enterrada en un ataúd de madera a unos 50 cm. de profundidad. (...) La madera del ataúd resultó ser Pinus sylvestris, apta para construcciones navales. Es posible que el ataúd fuera fabricado con madera del pecio que había cerca, usada también para la construcción del primer campamento. Es muy probable que estos restos pertenezcan al único adulto fallecido en Puerto Madryn en 1865: Catherine Davies, muerta a los 38 años.

Fernando Coronato

“Punta Cuevas: inicio de la colonización del Chubut”

Catherine, su marido, Robert, y sus tres hijos partieron de Llandrillo en búsqueda de una vida mejor. Sin embargo, el hijo pequeño, John, de once meses, murió durante el viaje a la Patagonia y fue enterrado en el mar. Al mes escaso de llegar a New Bay (Golfo Nuevo) Catherine también falleció. Robert lo hizo en 1868 y el hijo mayor, William, en 1872 cuando tenía 15 años. El único que sobrevivió, Henry, tenía siete años cuando viajó a la Patagonia y más tarde emigró a Canadá.

Maestro de simulacros el mar
con su furia y su agua verde.

Apoyada en la baranda de pino del Mimosa
Catherine Roberts - Davies
ve las colinas de Llandrillo
donde sólo hay abismo lento.
Pero en las colinas de Llandrillo
los muertos no se hunden:
flotan a ras de tierra
en sus pequeñas barcas de madera
con una cruz por mástil
y una plegaria por velamen.
En las colinas de su pueblo
los muertos tienen domicilio fijo
una astilla en la piel de tierra
un polo magnético
hacia donde giran
todas las agujas del dolor.

En el mar los muertos
no se quedan quietos
se hunden
se hacen mancha borrosa
caen y caen en agua verde
y después en agua negra.
Algún marinero le ha dicho
que allá abajo hay extraños peces luminosos.
Catherine Roberts – Davies
piensa en su hijo John
muerto a los once meses
en medio de la mar atlántica
y en su viaje vertical
y en su escolta de fosforescencias
y en el manto blanco en que iba envuelto
y en el ruido sordo de la dentellada
con que el mar se lo tragó.

Ahora mira la foto,
la única de John y sus hermanos.
A la luz de la vela se esfuerza
por distinguir los rasgos de su hijo menor.
Esa mancha borrosa es todo lo que queda.
No es que el bebé se ha movido
- como insistía el fotógrafo -
es la muerte que ya comenzado a sumergirlo,
es la falsa transparencia del mar,
es un cruel reverbero del sol,
es un rostro que ya se aleja
a lo hondo y a lo oscuro.
- ¿Cómo no me di cuenta
- dice Catherine -
que esa máquina infame
que esa blasfemia química
que ese ojo del diablo
ya estaba viendo tu futuro?

Parada sobre la arena húmeda de New Bay
Catherine mira a su hombre y a sus hijos
arrancando tablas de lo queda de un barco.
Donde antes hubo naufragio
ahora hay canciones y alegría
que Catherine ya no entiende.
Sus hijos llevan cantando
la madera de pino hasta los refugios
tallados en la roca blanda de la costa.

Dentro de veinte días
una de las tablas será la tapa de su féretro.

Inmóvil para todos los vientos
salvo el de los años,
mínimo naufragio en las costas del presente,
una barca de pino nos ha traído
unos huesos
un botón
unos clavos oxidados
un anillo de oro
y la duda de un nombre fosforescente
que se hunde, borroso,
en la falsa transparencia del tiempo.

Banda ancha

(fragmentos)

Yin – yang, doble clic sobre el sesenta y nueve de dios,
el nombre número cien sólo lo conocen los camellos,
de ahí la mirada de desprecio, el escupitajo, la joroba que desierta,
el enrosque oscuro delatado por el agujerito de luz,
la esperanza de ver lo que no nos dejan;

el agujero negro no es para mirar:
por ahí nos vamos, de cuerpo entero, todos,
a las cuevas de gusano ciego de la manzana temporal.

La cáscara del presente tiene setenta balcones y una caída flor.
Ir hacia abajo es contarle las costillas al abismo: están todas,
menos una que fue arrancada mientras dormíamos
con los ojos bien abiertos.

Big- bang, doble clic sobre esa mueca en silla de ruedas: la parálisis
es el pan nuestro de cada día, somos paja de gente vieja
dando vueltas para que así se acabe el mundo, no con, sino con,
el quejido es inaudible en las cegueras de fósforo líquido,
la mudez nos sale bien, es de extrañar la falta de tacto, pero hay olfato,
algo huele a podrido después del trabajo del gran flautista dinamarqués:

en el principio fue el mouse, su obediencia de queso de cabra,
su cola de ratón y la tripa provisoria, su cabeza empalmada, de ahí
vamos todos, el dedo de señalar, doble clic hasta que estalle el mundo.

Sing – sing
Vox – dei
Viet – cong
Ya-hoo, doble paja para el mono que se mira en el espejo y dice:
yo soy Gula-ver.

So – long.

but

Feng – shui
Big – mac
frú frú:
Face book, doble clic sobre la línea de bajo de las talkings heads:
“psycho killer, qu’est-ce que c’est?, fa fa fa faa fa, fa fa fa faa fa”

Mejor escupir, Demóstenes, no se habla con la boca llena,
el lastre te hunde a media palabra, se naufraga en la repetición,
el ojo pulposo enganchado a la potera hecha de anzuelos y espejitos
(así se pesca el calamar, en medio de luces que son una gloria de ver:
a la hora de morir encandilado no sirven de nada los ocho tentáculos)

better run run run run run away

Tranquilo, Demo, que en el país de los mudos el tartamudo es rey,

fa fa fa faa fa.

far west
wild west

stop making sense.

*No veo por cierto qué protección sería capaz de auxiliar
en su desgracia a estos artifices. No es fácil convencerlos
de abandonar un arte que les proporciona sustento y ganancias...*

Bernardino Ramazzini

Morbis artificum diátriba:

De las enfermedades de los joyeros relojeros, 1703.

*Si podéis mirar dentro de las semillas del Tiempo
y decir qué grano crecerá
y cuál no, habladme, entonces, a mí,
que no solicito ni temo vuestros favores ni vuestro odio.*

William Shakespeare

Macbeth

I

Hijo de un relojero hijo
de un relojero hijo
de un relojero
Ferdinand Climent Sablier
dejó Ginebra ya viejo
con su batallón de monóculos
y su escritorio de enebro
y sus doscientos relojes
mudos y muertos.

Partió al exilio Ferdinand
perseguido por el anatema
y la ignominia:
no hay lugar en la pacífica Suiza
para un asesino de relojes.

(Por las callejas de Patagones:

ferdi - nand

ferdi - nand

ferdi - nand

lo siguen las voces de los muertos
que ha destripado en su taller
de la rue Malagnue
al lado de la iglesia rusa)

El infausto pasaje de noble artífice
a asesino serial de relojes
sucede una tarde
de mil novecientos dieciocho
mientras camina alegre
hacia su sesión semanal
en la casa de putas
de Madame Laforge:
una simple piedra en el zapato
fue su Sarajevo personal.

Busca un banco a orillas del Ródano:
el único disponible
está ocupado por un anciano ciego
y un joven que reconoce
como su vecino de la Rue Malagnue.
Hablan uno de esos idiomas ásperos del sur,
así que no le preocupa
pasar por infidente mientras sacude
la botita de gamuza.
“*Son muy parecidos – se dice Ferdinand –
Casi se diría que son el mismo:
dos puntas de la vida,
un puente sobre el océano del tiempo*”

Y éste, su primer pensamiento
no regulado por áncoras
ni rueditas de bronce
fue su perdición.
Sin darse cuenta
vuelve sobre sus pasos
entra en su casa
enciende el fuego
descorcha una botella de cognac
que fue de su abuelo
y por primera vez se sienta a meditar
en la materia prima
que ha dado de comer a su familia
por doscientos años o más:

*¿Pero el tiempo es un océano?
¿Con sus mareas y sus oleajes?
¿Con su trópico de sargazo podrido?
¿Con su polución fosforescente?
¿Con su profundidad medida en monstruos?*

*Mentira, mentira, grita Ferdinand
mientras descorcha una botella de ajeno
de antes de la prohibición:
el tiempo es limpio como una bisectriz
no tiene profundidad ni anchura
ni tres mil dientes para desgarrar la carne
y ni brilla ni ahoga: el tiempo sólo sabe pasar.*

*¿Pero entonces el tiempo es un río?
¿Con su margen y su cauce de barro?
¿Con su pez bigotudo?
¿Con su meandro de borracho?
¿Con su insistencia de cicatriz?*

*Blasfemia, blasfemia - aulla Ferdinand
mientras bailotea alrededor de la vitrina
donde esperan turno doscientos relojes-
el tiempo es recto y tierno
como un adolescente visitado por dios
el tiempo no duda
según la inclinación del espacio
ni moja los pies de la hierba inútil
de las riberas
ni le importa quién baja dos veces al mismo río:
Heraclite, je t'enmerde – canta Ferdinand
con los compases de la Marsellesa.*

*Ferdi – nand
Ferdi – nand
Ferdi – nand
dicen doscientos relojes tartamudos*

Con el oído afilado por el ajenjo
Ferdinand Climent Sablier
se detiene a escuchar:

*Ferdi -nand -
Ferdi - nand -
Ferdi - nand*

*Ah, me llaman – dice Ferdinand –
Veamos qué tienen para decir
estos hijitos bastardos del tiempo.*

Tambaleando
va hasta la vitrina
la saquea al azar
pone sobre la mesa el reloj del alcalde
(que acaba de componer)
le quita la tapa
y por primera vez
las ruedecitas
y resortes

se le aparecen como son:
una colmena de insectos dorados.

*¿No es terrible cómo picotean y picotean
algo tan silencioso y transparente
como el paso del tiempo?
-dice entre dientes Ferdinand
y sin aviso descarga terrible golpe
con el culo de la botella de cognac.*

Coloca al lado de los restos
el reloj de arena de su bisabuelo
símbolo de familia y profesión.
La arena cae como un río vertical.
*Este reloj también miente- masculla Ferdinand
el tiempo no está hecho de semillas
y menos de arena
¿qué se puede cosechar de la siembra de estos granos?
¿Un desierto?
¿Esto es para ustedes el tiempo?
¿La demolición de una roca
mezclada con bosta de camello?*

Vuela el reloj de arena contra la vitrina.
Ferdinand ve la explosión de cristal
en cámara lenta:
*Es un regalo del tiempo – se dice-
El tiempo me está regalando una flor.*

*Ferdi – nand
Ferdi - nand
Ferdi - nand
-dicen ciento noventa y nueve relojes-
- Ya voy – dice Ferdinand.*

El resto salió en los diarios:
un relojero loco,
los bolsillos llenos de engranajes,
lleva en la mano una gran flor
hecha de áncoras y carcasas de reloj.
Hace cerrar el prostíbulo
(mediante el pago de un décimo de su fortuna)
le regala la flor de oro y bronce a la madame
y se acuesta con todas las pupilas a la vez.
Decora pezones con resortes
teje vello pubial con agujas diminutas

dibuja constelaciones de rubíes
sobre la espalda de una egipcia
y tiene, según testigos expertos y confiables,
el mejor orgasmo del cantón francés.

II

Ferdinand Climent Sablier parte al destierro
en el primer barco que encuentra.
En medio de la mar
Ferdinand se consuela
pensando en la Patagonia:
bestia plana y salvaje,
desierto de año luz,
alfanje de cien filos
y zona libre de relojes.

Desde la borda, para su confusión,
lo primero que ve
es la torre doble de Carmen de Patagones,
dos dedos impunes
en la garganta del cielo,
y ese reloj insultando al tiempo,
que es como insultar a dios.

Pero el buen dios no tiene tiempo
para ocuparse de Ferdinand y sus batallas,
y allá anda Ferdinand a la mala
subiendo y bajando
las calles empedradas
y cada adoquín es como un segundo
que dice ferdi – nand
en los puntazos arteros de la artritis,

siempre el ojo mecánico
allá arriba
sin perderle pisada
déle cortajear
déle cortajear
tic
tac
ferdi
nand

y Ferdinand se duele
del tiempo cortado como salchichón
y odia más que nunca esas agujas

chorreantes de grasa.

Ferdinand casi no trabaja:
subsiste de sus ahorros
y de la venta de cuadros
hechos de tripas de reloj.

El día lo lleva siempre lejos de las torres.
Le gusta ver a los enamorados
arrojar monedas y deseos al Río Negro
desde el nuevo puente de hierro.
Las monedas se hunden como relámpagos de bronce
Los deseos flotan un poco más.
A veces una punta de ovejas cruza el puente:

ferdi – naaaand
y Ferdinand las cuenta
por no sentir las horas,
las duras pezuñas.

Pero catorce años de aburrimiento digno
no bastan
para calmar una locura sagrada:
Ferdinand se ha enamorado

(todos los relojes muertos
le han resucitado en el pecho)

Tras el mostrador del correo
la viuda Angélica
tocotoc
sella las cartas que Ferdinand
se envía a sí mismo
con poemas
para ella:

la del vestido de noche griega
la de los ojos eternos
la de cabellos como río negro
la de la carne blanca y la sonrisa azul. (1)

Sufre de mala poesía, Ferdinand
pero más sufre de amor:
Todos los días
toco
toc
allá van las cartas
de nadie

para nadie
la viuda
tocotoc
las torres
ferdi
nand
ferdi
toc
toco
nand
así no hay corazón que aguante.

Es el tiempo o yo, se dice
y decide que el camino más corto
al corazón de la viuda
atraviesa el corazón del tiempo.

Matar el tiempo
para vivir ahora y siempre
a la sombra de tus manos
escribe en una tarjeta blanca
y se va en busca
de la más grande y blasfema
de las magnolias doradas.

Es de noche y trepa Ferdinand
con su asma
y con su artritis
y con su martillo
y su destornillador.

Allá abajo Patagones
moja sus luces
a la orilla de una cicatriz.
Suspira Ferdinand y levanta
el martillo contra la esfera de cristal
suenan
cinco campanas
y diez mil bronces
y todo le da en el alma:
tambalea
pierde pie
flota en un mar de sargazos
piensa extrañamente
en peces bigotudos
y en camellos vadeando el Ródano
y en una reina negra

con suave vestido de luto blanco
y en diez mil putas
pariendo flores
y en diez mil ovejas
rumiando la papilla de los siglos
y en diez mil adoquines disparados contra el cielo
y en el cielo que se acaba
y en el amor que explota
en un quejido
y en la eternidad que,
ahora sabe,
dura exactamente
un
ferdi
nand.

Líquidos del amor

Vino, whisky, cognac, agua de azahar, de rosas, ácido muriático, mercurio, miel, tecitos saborizados, saliva, sangre, orina, linfa, mate cocido, café, lavandina, alcohol, champagne, sudor, lágrimas;

agua: pura, estancada, contaminada, de río; río de llanura, de montaña, agua oxigenada, fresca, regia, hervida, destilada, de mar; aguardiente, agua de lluvia, aguas arriba, abajo, romper aguas, agua que has de beber;

caldo de verduras, de cultivo, primordial;

ácido fórmico, vitriolo, agurrás, pintura azul, barniz marino, laca china, jugo gástrico, tinta de calamar, agua salada, helada, vapor, plasma; aceites: de almendra, de oliva, de bacalao, de ricino, aceite virgen, mezcla, de piedra, de palma, aceite contra dos vinagres;

vinagre de manzana, de alcohol, de vino agrio; néctar en la mandíbula de una abeja, seda antes de la solidificación, mierda de pájaro en plena caída, detergente, cera líquida, lavandina, brillametal, quitamanchas, de café, de salsa, hidromiel, fluido para los frenos,

jarabe para la tos, gota de alambique, nafta, gasoil, grasa de altar, jugo de carne, veneno de cobra, antídoto, aluminio en fusión, ríos de lava, de lavanda, perfume griego, lluvias doradas, agua termal, jugo de frutas, té de ortigas,

pintura amarilla, ajeno, vodka, insecticida, vino de misa, vaselina, licor benedictino, seminal, de almendras, de mandarina, de huevo, de cerezas ;

aceto balsámico, salsa de soja y agua de borrajas.

Propiedades físicas

1. El líquido no tiene propiedad física.
2. El líquido no tiene forma. Busca envases.
3. Un líquido buscará siempre terreno acorde a su naturaleza: el declive, la cuesta abajo. Las excepciones son pocas.
4. Ante una resistencia cordialmente desmedida, el líquido formará un delta.
5. Los deltas se componen de diversos detritus: materia orgánica desplazada por el líquido en cuestión. Pasado en movimiento.
6. Un líquido, frente al volcán, buscará el estado gaseoso.
7. El estado gaseoso anuncia lluvias por la noche.
8. la lluvia siempre es bienvenida, salvo por los ahogados y los que no disfrutan de la posesión de un paraguas.
9. Un líquido siempre es un líquido, aunque se lo congele o se lo evapore.
10. Un líquido sólo es liquidable por sí mismo.

Propiedades químicas

1. Un líquido sólo es igual a sí mismo. Igual no significa *fiel* a sí mismo.
2. La fusión de dos líquidos se da sólo en estado de desesperación.
3. La combinación de dos líquidos en estado de desesperación da por resultado un tercer líquido inexplicable.
4. Un líquido odia su propia fluencia.
5. La inestabilidad del líquido depende de sus partículas elementales.
6. Las fuerzas de atracción y repulsión de esas partículas elementales también son inexplicables.
7. Un líquido reacciona ante diversas sustancias sólidas formando peróxidos del amor.
8. Estos peróxidos blanquean el cabello pero ennegrecen los dientes.
9. Vertido en pequeñas gotas sobre una superficie oscura, el líquido emite destellos de luz.
10. Vertido en grandes cantidades... pero no, eso es imposible.

I. Geografía de lo inexistente

En este país se nos han muerto los trenes: ahí quedan
como cadáveres de escarabajos resecos
las estaciones o sus nombres:
Las Plumas, Cañadón Lagarto, Punta Rieles,
nombres aferrados al borde de la memoria, esa planicie
barrida por el viento.

Viento hay en la Patagonia, no trenes.
Viento loco, feroz, locomotora desbocada, transparente,
aullido que sopla hacia todas partes, pero siempre desde el oeste.
Tren largo como ancho es el país es este viento puntual,
todo se lo lleva:
bocas, almas, besos, cuentos
todos somos pasajeros y todo es pasajero
en este tren del tiempo.

II. Arqueología ferroviaria

Busco en el polvo boletos de trenes
que no existen o que no partieron nunca.
En los andenes de greda desentierro los hilos, las hilachas
que han dejado las despedidas, pañuelitos blancos, muertos,
carmines fósiles de los besos que no se alcanzaron a dar,
huesos viajeros entretejidos en la herrumbre de los clavos,
maderas durmientes apareadas como suturas que cierran
la boca de un grito que se niega a callar.

III. Oficina de objetos perdidos

Dos muñecas de porcelana, cuarenta naipes marcados,
tres monedas de cinco centavos, un pañuelo de organdí,
una valija desfondada, dos biblias, veinte suspiros de estación,
un bastón con puño de marfil, unos binóculos ciegos,
un álbum de estampillas, siete relojes de bolsillo
tres ademanes a medio camino, una hoja de abedul,
quince besos secos, un alfiler de oro, un bigudí,
cinco corbatas, una de luto, treinta y dos dientes sin uso,
un amor no declarado en las aduanas, un neceser,
cuatro herraduras, una carta que nunca fue escrita,
la marca de una frente en la ventanilla helada, seis hasta nunca,
dieciocho reencuentros y más desencuentros de los que se puedan contar,
una gorra militar, un mono embalsamado, una estola y un estertor.

IV. Metafísica de las ruinas

Sentados en los bancos de las estaciones derruidas
hacen calceta los pacíficos muertos que perdieron el tren.
No los inquieta ni este silencio finamente entramado
ni la noche que gira y se desmadeja en hebras que sólo fingen partir.
La noche abre todas sus puertas en cada estación
y tañe la campana invitando al viaje,
pero los muertos permanecen muertos porque saben
que la noche es un largo tren inmóvil:
todas sus paradas son absurdas,
todos los destinos, fugaces.

V. Hablan los muertos

- Oiga, este tren viene con retraso.
- Pero llega, llega siempre.
- Ha de ser que le ha dado trabajo la cuesta.
- Sí, es brava la hondonada de Madryn.
- Cuesta subirla. Ponen dos máquinas, allá
- Mire que son sabias las palabras: la cuesta, cuesta.
- Las palabras nunca pueden ser más sabias que los hombres que las dicen.
- Es una forma de decir. Se habla para pasar el tiempo.
- Tiempo es lo que nos sobra.
- Lo que me anda faltando es lana verde.
- Puede usar de la mía.
- Gracias. Tejer ayuda con la espera.
- Siempre estamos esperando.
- Qué otra cosa podemos hacer.

VI. Escrito sobre una pared

En esta tierra han asesinado a los trenes.

Los rieles han sufrido secuestro violento,
y han despertado a los durmientes de muy mala manera
para someterlos a una vigilia vertical.

Han dejado de alimentar a las nubes con el vapor
de las buenas locomotoras:

la lluvia se nos morirá de inanición
y la mirada, de sed,
y los pájaros, de silencio.

Nos ha malherido la distancia.

El fallo del jurado será inapelable

Hace cuatro días enterré a mi madre

me escribe

*hace cuatro días me hice huérfana
o niña grande o
vieja virginal, no sé.*

Qué se puede decir.

*Hoy abrí tu libro y encontré algunas palabras
que me ayudaron a dormir*

me escribe
desde muy lejos.

Celebremos la palabra somnífera entonces,

nunca se sabe para qué escribimos
hasta que la muerte dice:

Viento loco, eh?

gesto inútil de calafatear las hendijas
con brea caliente
y plumas de altazor:

la locura ya es un viento
que se ha hecho amigo de la casa:

endereza los cuadros caídos

cierra las puertas inútiles

barre el polvo de lo que no se hizo

da vueltas las hojas de un libro
que ya no se puede leer.

Con palabras de este mundo

*Decir con palabras de este mundo
que partió un barco de mí llevándome.
A. Pizarnik*

Cuando los síntomas remiten
me obligo a caminar por la orilla del mar.

Voy hasta los restos de un naufragio.

Un amasijo de hierros podridos y retorcidos,
una libélula aplastada
contra las rocas de sedimentación.

Me esfuerzo por reconstruir
la forma original.

Voy levantando de la arena
las planchas y los remaches
la pala del timón comida por el salitre
la sogá de cáñamo retorcido del ancla

el ancla no la encuentro
pero no importa

(algunos poemas de este libro pueden servir a efecto de tal)

levanto las bordas
el castillo de popa
el puente de mando
pinto un nombre en la proa: Lázaro II.

No tengo champagne,
le tiro con un tetrabrick que encuentro por ahí.

Lázaro, buen marinero, parte.

Y no me lleva, el muy hijo de puta.

Una figura aparece en la parte más alta del castillo.
Creo que es Alejandra Pizarnik.

Me saluda con un pañuelo
o una bolsita de nylon
de esas que el viento
engancha generosamente
en cada arbusto estepario.

Me siento levemente incómodo:
este naufragio
es un Sitio Histórico Municipal.

La multa por resucitar naufragios
es impagable.

Un cuento de navidad

La casa tiene en la entrada dos sucesivas puertas de alambre.

Es vieja y como retorcida por los años y por el ventarrón que sopla desde el oeste la mitad de los días del año.

De día queda oculta de las miradas de la calle por una muralla de tamariscos, aún más viejos y más torcidos, que fueron plantados por una mano que seguramente hace mucho ya es polvo.

La muralla vegetal es cueva de gatos salvajes:

los veo reinar en la rama del tamarisco
castillo y coto de caza y nido de amor,

espanto ratonil y fiera tumba de pájaros.

Me temen pero no me ignoran:
por la tarde vienen a clavarme sus ojos amarillos

a través de la ventana
largamente nos miramos

hay algo como amor a lo desconocido
hay un deseo que no conviene alcanzar.

Son dos, negros, hermanos, mestizos:
al calor del sol de la tarde
su pelambre tiene reflejos de sangre oxidada.

Hay hambre orgullosa en los cuerpos flacos:
la libertad duele sobre todo en las tripas

Hoy los gatos se sentaron entre las puertas de mi casa
uno a cada lado del camino

y eran esfinges tibias
soñando la salida

o poniéndome a prueba
con su pregunta simple y mortal.



**LAMENTAMOS INTE UMPIR LA LECTURA DE ESTE BLOG DEBIDO A DIFICULTADES
TÉCNICAS POR EL MOMENTO IMPOSIBLES DE A EGLAR.**

a mi vieja máquina Brother

estoy en p oblemas:
esta máquina de esc ibir
a veces, sólo a veces
no me imp ime la letra
la letra
la que está antes de la “s”, sí,
la ere.
(ahí anduvo bien)

no se ían
es muy g ave:
los académicos van a acusarme
de usar un lenguaje pob e, infantil

y eso no es nada
donde quiero escribir “burro”
en una de esas me sale “bú o”
y después
van a decir los biólogos:
“eso es tergiversación zoológica”
y yo voy a suf ir como un animal
y van a decir los ecólogos
“eso es manipulación genético-literaria”
y yo me sentiré una cruza impura

pero, peor aún,
mirá si en una de esas
se me da por escribir “san pedro”
y escribo “san ped o”
la santa mad e iglesia
me va a caer encima
con todos sus santos
y sus apóstoles
y sus abogados
y me van a quemar por he eje
y por bo acho

aunque a veces suceden milag os
aunque a veces suceden ve dades:
siemp e
siemp e

siemp e
voy a p eferir
andar“a mado”que “armado”

a mado, así,
aunque sea con ese agujero en el medio.

- bien, ejem, caramba, di benedetto,
un poco de compostura
al fin y al cabo
esto se trata de escribir poemas:
un poco de decencia,
di benedetto:
no es *ésto*, de ninguna manera, no,
lo que le enseñamos
en la escuela número sesenta y uno
de avellaneda
john efe kennedy

- seguro que no
señorita dora pero
dígame
qué anda haciendo usted por acá:
si mal no recuerdo
usted es de otro libro

- mal no recuerda
di benedetto
pero igual:
una vergüenza lo suyo

- no es para tanto, señorita dora
a propósito: ¿usted está jubilada
o muerta, nomás?

- pero mire las cosas que me dice:
no se le preguntan esas cosas
a una dama
usted no aprende más,
di benedetto
una vergüenza lo suyo
gastando papel al cuete
qué van a decir sus colegas ilustres:
ésto no es poesía

- en eso tiene azón
señorita do a:
no, esto no es poesía

es hacer tiempo nomás

es hacer tiempo del tiempo
que nos queda
antes del tiempo de morir.

*

Este poema quiso y no pudo
nacer fuera del tiempo.

Huella de un beso en la frente de la eternidad,
carne de pájaro trabando los dientes
de engranaje y de furia del padre cronos,
plumón que no termina de caer
pese al lastre excesivo
de alguna gota de sangre.

Pero en este poema apenas caben la tristeza
doblada en dos
y la lluvia que ahora barre el techo
inclinado hasta la pura desgracia
de esta casa que nunca será mía.

Vaciar el poema, entonces, antes de que lo haga la noche.

Un poema de seis centímetros cúbicos,
resplandeciente de pura vacuidad,
no es un poema, es una promesa.

Un poema sin lluvia ni besos ni pájaros
atragantando el abismo de los años,
un poema hecho de nada,
ungüento fresco en la llaga
que los años se hicieron a sí mismos
al pasar por acá.

Un poema así
no es un poema:
es una singularidad
un estertor tan reconcentrado

que su horizonte no arde de agonía
sino de luz.

Un poema así no puede escribirse una noche cualquiera.
No puede escribirse.

Hay que cortarlo de la zona imprecisa
que nos separa del amanecer en el que hace tanto
dejamos de confiar.

Un filo de alcohol barato,
un bisturí capaz de cortar entre dos luces
es fácil de conseguir.

Lo difícil es esperar
el momento del tajo

darlo
sin que tiemblen las manos.

Preguntas frente a una probable intoxicación

*...por favor me lo da suelto y no enjaulado
adentro de un despertador...*

María Elena Walsh

"Marcha de Osías"

Mientras escribo me quema una sed vieja.

En estos casos la cerveza siempre viene bien.

En la heladera queda una lata: la dejo a mano sobre el escritorio y sigo. Escribo con la vista fija en la pantalla para no perderme cómo las palabras van atropellando la nada. A tientas busco la lata. Pero manoteo el reloj despertador.

Y le pego un trago.

Desconcierto.

¿Qué se hace cuando uno traga tiempo?

¿Es como tragar arena o vidrio molido?

¿Se me caerá el pelo?

¿Me notan más arrugado?

¿Algún amarilleo en la piel?

¿Hay antídoto contra los relojes?

¿O el tiempo es como una droga o como un vino?

Y si es un vino ¿Quién plantó esa viña?

Y si es una droga ¿No habría que declarar ilegal el tictac del reloj?

¿Alguien volvió alguna vez de la resaca del tiempo?

¿O uno queda náufrago o palo seco tirado en la orilla del mundo?

¿Y qué me dicen de los efectos secundarios?

¿Los segundos me navegarán la sangre como diminutos ulises?

¿Volcarán su fuego y su rabia en mi torrente circulatorio?

¿Harán de mis venas un ardiente árbol de plata?

¿Los minutos me caminarán por dentro como escarabajos feroces?

¿Hurgarán y morderán en lo más secreto?

¿Harán nidos en donde incubar su progenie infinita?

¿Las horas se rebelarán contra su destino de oveja?

¿Les crecerá dentadura de tiburón?

¿O serán como lobos en la paciencia y en la dentellada?

¿Los años vendrán como dunas, a sepultar lo que no se ve?
¿Perderé la voz como río que se pierde en el desierto?
¿Se momificará este gesto de pedir agua?

¿O el tiempo no es veneno?
¿Y si el tiempo es licor de graduación alcohólica intolerable?
¿Dulce y mortal como beso que no se dio?
¿Amargo y visionario como el ajeno de Verlaine?

¿Y si el tiempo no es arena?
¿Y si el tiempo es ceniza volcánica que a unos mata y a otros fertiliza en la raíz?

(Me dicen que allá en las laderas del Hudson, en Los Antiguos, crecen imparables los cerezos y que los frutos estallan como boca de mujer amada en la memoria)

¿Y si ni el tiempo es capaz de matar esta sed?

Último Invierno

I

En este lado del mundo está el día: hoy lo vi brillar
entre las plumas blancas del ala de una calandria.

*(Sé que el día está dentro de mí. Sé que el mundo
es parte de mi cuerpo.
Pero si hasta aquí he vivido como hombre
reclamo también la mirada del hombre y su dulce equivocación)*

El día está atravesado de pájaros y de la imperceptible ambición de su canto:
vocecitas que tejen el día de rama en rama
aún en este invierno en que ya no queda ni el recuerdo de las hojas muertas.
Voces verdes las de los pájaros en invierno,
como hojas cayendo en liviana suspensión.

*(Fracaso feliz de la hoja que cae,
sin maldecir el otoño, sin blasfemias ni ruegos
ni otra alabanza que su delicada agonía vertical).*

Voces verdes las de los pájaros del invierno,
voces abiertas como los tallos desnudos del álamo
entre las manos del viento.

*(De eso hacen el día los pájaros:
trinos, árboles desnudos, nervios de luz.
Padre: sea mi muerte, sea mi agonía
pero sea para multiplicar este día de pájaros
en los largos años por venir)*

Pájaros, felices pájaros que tejen el ramaje del tiempo
para cantar desde su cuerda extrema
que el tiempo pasa,
que el día pasa, que la luz se duerme,
que ya anocheció.

II

En otro lado del mundo está la noche:
lo sé porque la siento rodar por el plano inclinado de mi sangre.

*(Sé que la noche no es más que un parpadeo de mis ojos.
Pero si he de morir mañana
como mueren los corderos y los hombres,
entonces reclamo por todo abrigo el dulce vientre de loba de la noche
y, como marca de mi paso por la tierra, su dentellada mediolunar)*

No se escuchan pájaros en la noche. No hay pájaros.
La noche no los necesita.

*(Pero mi padre sí: pájaros mudos cayendo a plomo
sobre los ratones del desconcierto
sobre las ratas de la memoria
sobre el conejo suave de la esperanza
sobre las culebras ciegas del amor).*

No hay árboles en la noche: hay raíces que horadan el tiempo.
La noche es un árbol hecho de raíces aferradas a la eternidad.

Que nadie imagine a la noche pariendo frutos luctuosos.
La noche no da frutos que la recuerden,
ni en el gesto, ni en la vestimenta, ni en la extensión.

Sembrar y cosechar son cosas del día
(la noche es inmóvil)
Vivir y morir son cosas del día
(la noche es eterna)
Aún dormir, aún soñar, son cosas del día
(la noche no tiene ojos que pueda cerrar).

III

Violada de mil maneras
por las costumbres pueriles y violentas de los hombres
la noche es todavía una virgen
que se inclina a escuchar la profecía del ángel terrible
que la unge y la condena a parir el día, la luz, los pájaros
los felices pájaros que no hilan ni tejen
salvo el tiempo de vivir,
salvo este tiempo de morir.

*(A parir el día te condenan, madre, el día,
y también el árbol increíble de mi crucifixión:*

Padre, padre, por qué me has desamparado.)

Preguntas frente a un monigote feliz

*En una calle de Puerto Madryn,
sobre un muro blanco,
alguien dibujó un monigote.
En la mano lleva una flor de tres pétalos.
A un costado se lee "happy, happy, happy".*

¿Cuánto hace que no te sentís así?
¿Cuánto hace que no ponés cara de monigote,
sostenés delicadamente una flor-monigote en la mano
y decís que sos feliz tres veces seguidas?
¿Alguna vez fuiste feliz tres veces seguidas, tres días seguidos, tres noches, tres vidas?

¿Cuánto hace que no te parás a un costado del camino a ofrecer una flor
al que pasa por la orilla de tu vida?
Hablando de orillas: ¿tu vida es un mar, un río manso, un arroyo furioso,
un riachuelo pestilente o un charquito de tres por cuatro?
¿Si te ponés en puntas de pie: ¿podés ver la orilla de enfrente?
¿Y si la orilla de enfrente está acá nomás?
¿Y si la orilla de enfrente no existe?
¿Qué te da más miedo?

¿Existen las flores de tres pétalos?
¿La felicidad es una flor?
¿Una flor rara, única, preciosa o una que crece en cualquier yuyal?
¿Y cuántos pétalos tiene la felicidad?
¿A la felicidad se la puede deshojar un poco cada día o conviene mirarla desde lejos?
¿Se puede regalar la felicidad como se regala una flor?
¿Se la puede poner en un florero?
Y si la ponés en un florero: ¿sigue siendo una flor?

¿A vos te da lo mismo ser monigote que mamarracho?
¿Nacemos monigotes y nos morimos mamarrachos?
¿O es al revés?
¿O son dos especies distintas?
¿Los mamarrachos tienen derecho a ser felices?
¿Los mamarrachos tienen derecho a agremiarse, a protestar, a hacer piquetes contra la infelicidad?
¿A los mamarrachos se los puede matar, desaparecer, borrar para siempre?
Para los mamarrachos ¿la infelicidad es como una gran goma de borrar?
¿Los monigotes son siempre felices?
¿Los monigotes comen perdices?
¿Y qué opinan las perdices de la felicidad de los monigotes?

¿Dónde se guarda la felicidad?
¿En el bolsillo, en un chanchito de yeso o en un banco?
¿Se pueden emitir cheques de felicidad sin fondos?
¿Se puede especular con la felicidad?
¿Se puede depositar la felicidad a plazo fijo?
¿Cambiarla por dólares?
¿Tener mucha felicidad sirve para decir: “déme dos”?
¿Dos de qué?

¿Ser “happy” es mejor que ser feliz así nomás, en castellano?
¿Cuántos idiomas hay que hablar para ser feliz?
¿La felicidad necesita traducción?
¿Así de extranjera es la felicidad?
¿Existen Traductores Oficiales de Felicidad?
¿Y Traidores Oficiales?
Y para eso ¿se estudia o se nace?
¿Y si la felicidad es analfabeta?
¿Y si la felicidad es muda?
¿Y si la felicidad es un animalito de dios, así de brutita, así de inocente?

¿Dónde tramitan el DNI los monigotes felices?
¿Les sacan una foto o los dibujan de tres cuartos perfil?
¿Tocan el pianito con todos los dedos?
¿Hacen música de tinta y papel?
¿O permanecen indocumentados para siempre?
¿La felicidad tiene huellas dactilares?
¿Y dónde deja sus huellas la felicidad?
¿En un vaso, en un beso, en un libro, en el aire?
¿La felicidad es como un perfume?
¿La felicidad es ese olor a campo de manzanillas, a estufa de kerosén, a guiso de lentejas?
¿La felicidad es como un perfume que viene del pasado?
¿Por qué entonces olfateamos esperanzados los vientos que vienen del futuro?

Para vos la felicidad a qué se parece más:
¿A mil preguntas?
¿A una sola respuesta?
¿Al silencio?

Preguntas frente a un muro negro

¿La oscuridad es una ausencia?
¿La oscuridad es como una ciénaga en donde se ahoga la última luz?
¿La oscuridad es el naufragio de un barco con velas de terciopelo crudo?
¿O un océano que se ha vuelto negro a fuerza de tanta ceguera nuestra?
¿Y hay peces de tinta en ese océano?
¿Criaturas ajenas a toda luz?

¿Es un brillo intolerable la oscuridad?
¿La oscuridad también nos enceguece y nos fascina?
¿Andamos a tientas, buscándonos las manos?
¿Caminamos la oscuridad?
¿Tiene puntos cardinales la oscuridad, tiene un sur, un norte, un este, un oeste?
¿O la única dirección es el abismo?
¿Tiene fondo la oscuridad?
¿Tiene un final, un destino?
¿O es pura caída?
Y si caemos ¿alguien nos levantará?
¿O seremos para siempre como un pájaro derribado?

¿Se puede ser niño en medio de la oscuridad?
¿Hay un lugar para la ternura en medio de juegos tan oscuros?
¿Quién inventó los juegos que se juegan en el país de la negrura?
¿Se puede jugar a la casita, al doctor, al papá y la mamá, a la rayuela, a la bolita?
¿O todo es escondite y mancha venenosa?
¿Se puede crecer en la oscuridad?

¿Es ciega la negrura?
¿Es sorda?
¿Es muda?
¿O canta canciones negras para los oídos de los que no quieren oír?
¿Es inmóvil la negrura?
¿O danza y silba siempre alrededor nuestro como un viento implacable?
¿Estamos invitados al baile de la oscuridad?
¿Bailamos sobre su alfombra con torpes pasos de ciego?
¿Sobre su alfombra de sal negra?
¿Y con quién estamos bailando?

¿Y qué pasa con los colores en este país tan negro?
¿Alguien los prohibió por decreto?
¿Son perseguidos por feroces caballos de luto?
¿Los encarcelan en pozos que son puro fondo?
¿Los ahoga un aire oscuro como vidrio irrespirable?
¿Mueren ahí los colores o sólo duermen hasta el próximo relámpago azul?

Cuando un color muere ¿Se vuelve todo luz?
¿Nube? ¿Árbol de cristal? ¿Caricia para los ojos abiertos?
¿Se vuelve perfume inolvidable?
¿Pañuelito bordado con hilos de aromas nuevos?
¿Aromas de naranjo, de jazmín?
Cuando un color muere ¿Lloran las paletas de los pintores?
¿Sufren los cuadros de Van Gogh?
¿Los girasoles se baten a duelo con la oscuridad que los amenaza?
¿Lloran por todas sus raíces?
¿Hunden sus manos verdes en el suelo negro?
¿O levantan su corona amarilla para pedir más sol?

Fractales

“Un fractal es un objeto semigeométrico cuya estructura básica, fragmentada o irregular, se repite a diferentes escalas. El término deriva del latín fractus, que significa quebrado o fracturado.”

I

Como la noticia más vieja del mundo, que todavía va de boca en boca.
Como plegar y plegar una palabra hasta exprimir su gota de silencio.
Como una canción que la piedra se canta en voz cada vez más baja.
Como el humo frente a un viento que no sabemos de dónde viene.
Como si un ciego escuchara con los dedos la rotura de un espejo.
Como mirar desde la ventana la lluvia que borra un manuscrito.
Como un parche golpeado por un brazo de tendones oxidados.

II

Como encontrar con los ojos el manantial que busca la lengua.
Como una canción que escuchan los que tienen hambre y sed.
Como el tiempo que gozamos mientras cae la gota de miel.
Como un millón de bocas bebiendo del mismo vaso vacío.
Como la duda que se amansa frente al grito de otra duda.
Como la luz que se filtra en los ojos que no quieren ver.
Como la oscuridad que no queremos ver pero persiste.

III

Como una grieta que quiere elegir entre sus dos bordes.
Como el verano subiendo por las ramas del duraznero.
Como una moneda que se multiplica hasta valer nada.
Como un río que no sabe si su arroyo es padre o hijo.
Como esas montañas viejas que extrañan ser llanura.
Como ese pan que repartiste hasta volverlo hambre.
Como tus hijos vistos por los mil ojos de la abeja.

IV

Como el temblor del hierro ardiente en agua fría.
Como el cansancio del asedio a una ciudad gris.
Como los zapatos que olvidamos en el camino.
Como la sospecha de saber que vive algo más.
Como el eco de ese pozo cada vez más hueco.
Como el desborde de un río en plena sequía.
Como ese río asombrado de su temeridad.

V

Como dormirnos después de hacer el amor.
Como el dolor de una herida que envejece.
Como esos libros que ya dejaste de leer.
Como la bestia que piensa en sí misma.
Como cordillera sumergida en el mar.
Como monte agrietado por sus ecos.
Como un eco parido por silencios.

VI

Como la fase final de un temblor.
Como la historia que te cuentas.
Como la sutura de lo invisible.
Como la paciencia del óxido.
Como morder la mano que.
Como mirarnos de frente.
Como una muñeca rusa.

VII

Como luz en agua fría.
Como creer en nadas.
Como dar de beber.
Como decir no sé.
Como casi saber.
Como perderse.
Como remorir.

VIII

Como hablar.
Como arder.
Como atar.
Como ser.
Como es.
Como si.

Cómo.

IX

La mirada es indivisible más allá de lo que no sabemos.
La palabra también.

Dejar el tendal

Pregunta:

*Colgar la ropa en una sogá
en la que se ha colgado ropa sucia.*

*Leí en el libro Fiqh al-Sunnah que cuando hay
una sogá en la que se ha colgado ropa sucia
(ropa en la que hay algún tipo de impureza),
uno puede poner ropa limpia húmeda en ella
sin lavar la cuerda antes, porque la cuerda
ya se ha secado con el sol y el aire.
¿Cuál es la opinión correcta?*

Respuesta:

Alabado sea Allah.

*Esas cuerdas normalmente no absorben la impureza, '
ni tampoco se coloca ropa sobre ella que
no haya sido lavada antes, por lo tanto
es ropa pura (taahir), y también la ropa
es escurrida después del lavado, por lo que se reduce
la humedad de la misma. Aún si hubiera algún tipo
de impureza, la misma se seca rápidamente,
y con el sol y el viento no quedan rastros de la misma.
Por ello no hay necesidad de evitar el uso de esa cuerda.
Allah es la fuente de toda fortaleza.*

Extraído de Al-Lu'lu' al-Makin min Fataawaa al-Sheij 'ibn Yibrin, páq. 80

Fuente: www.islamaqa.com

*La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas*

César Vallejo

I. la ropa de mañana

Es primavera.
La cuerda bien tensada.
Trapitos al sol.

La vieja ropa
retorcida por el cuello:
caen, caen las gotas.

Rastros de jabón
en esta ropa oscura:
fregar de nuevo.

Cantar y coser.
Atar el hilo de agua.
Soplar botellas.

Manchas de sangre
en la sábana usada:
o amor o crimen.

Un calzoncillo
está perdiendo color.
Mala calidad.

La toalla seca
recuerda el agua clara
de la desnudez.

Las medias cuelgan,
las vence la humedad.
Dos no son un par.

Un repasador
bien repasado de sol:
la boca seca.

El pulóver chorrea
agua negra en el jardín.
Mueren hormigas.

Gran agujero:
la polilla no deja
pecho al abrigo.

Qué buen charquito
bajo las ropas al sol:
el tiempo pasa.

Un hombre cuelga
la ropa que no sabrá
usar mañana.

II. Pirañas

El tendal lleno.
Cuánta ropa inocente
muerden los broches.

Boca sin dientes
del broche de madera:
y cómo duele.

Broches inútiles
comiendo de la cuerda.
Pirañas frías.

Un broche muere
partiéndose al medio:
desde la boca.

Un pez por la mitad:
resorte por corazón,
dos palitos viejos.

Un broche muerto
flota entre hojas secas.
Después se hunde.

III. El vendaval

La ropa blanca.
La denuncia de la luz.
La sombra negra.

Viene el viento.
Vuela un vestido rojo.
Baile fantasmal.

La cuerda apunta,
inútil, contra el cielo:
flechas vencidas.

Sobre la cuerda
camina el gusano,
el funámbulo.

Soplan dos vientos.
La tormenta o la sequía.
Uno es falso.

La fortaleza:
la fibra retorcida
de esta cuerda.

La debilidad:
la cuerda en los extremos
se deshilacha.

Los cabos sueltos
son imposibles de atar:
mejor quemarlos.

IV. Otra vez

Colgando ropa
debajo de un árbol.
Trabajo inútil.

Vuela un pájaro
al ras, como un cucharón:
otra vez sopa.

Sí: cómo brilla
la mierda de pájaro
en la camisa.

Secar la ropa:
el corazón húmedo
ya no quiere más.

Cuerda cansada
de tanta ropa vieja:
vamos al corte.

V. Dejar el tendal

¿No son cómicas
esas formas de hombre
colgando vacías?

La ropa sucia
se ha muerto de vieja.
Ya no hay qué lavar.

Una verdad cruel:
vestirse y desvestirse
gasta la ropa.

Trepar al poste,
despellejarse un poco,
lo necesario.

Desatar nudos:
la cuerda para jugar.
Desatar manos.

Viene el silencio.

Animales

Un gato negro.
La noche se mueve
sobre la noche.

Un perro ladra.
¿Por qué me hiera, callada,
la lejanía?

Zumba la mosca.
El poeta desespera.
Zumba la mosca.

Con leves pasos
los gatos nos recuerdan
ese otro mundo.

Mirar el fondo
de los ojos de un perro
como un espejo.

El viento y la flor
sisean nombres secretos.
La abeja lo sabe.

La libélula,
correo transparente
de las tormentas.

Detrás del arcoiris
pasan claros flamencos.
¡Fiesta en el aire!
(a mi hijo Martín, que aún los recuerda)

Barcos sin faro.
Faltan las luciérnagas
en el verano.

El mar, la montaña

I

Una línea gris
se traduce en cielo
al final del mar.

El agua ríe
en el brillo de la ola.
Reímos juntos.

Alta marea.
Bajo el agua implacable
sueña la arena.

Fin del verano.
Algo entre el mar y el cielo
está temblando.

Una gaviota
vuela cerca del agua.
¿Vuela el reflejo?

II

El viento pasa
entre las hojas del coihue.
Soy la montaña.

Arroyo frío.
Como niños o peces
mis pies cansados.

Dulce sendero
entramado de verde
¿me sientes pasar?

El agua cae.
En el fondo brillan
oscuras piedras.

Sin miedo, cerca
del abismo del río,
crecen aljabas.

Hallé cerezas
en el bosque profundo.
Alguien pensó en mí.

Los peces vagan.
El agua los oculta
en transparencias.

Setenta metros.
Dos mil seiscientos años.
Calla el alerce.

El viento oscuro
pasa por la quebrada.
Flauta de piedra.

Inclinados en
verde reverencia:
cuatro cipreses.

Local 9: Bazar, regalos & decoración

Con la delicadeza de un susurro
entra el elefante:

elige entre las góndolas
un delicado juego de té de porcelana de la China
dos floreros de alabastro
seis copas de cristal de Murano
una reproducción en yeso esmaltado del beso de Rodin

extrae de la delicada bolsa de yute que cuelga de un colmillo
la tarjeta de crédito del Banco de Tanzania
que no es aceptada
-lo lamento mucho-
por la vendedora.

El elefante se retira ofendido:
esto no va a quedar así,
no saben quién soy yo,
tengo mis influencias, dice sacando el celular.

Se va.

Entra un mono con navaja.

Final alternativo:

Falsa alarma.
No es navaja: es abanico.

El mono pregunta por el local
de lencería erótica
y se va con sus cuatro patas.

Vuelve el elefante
acompañado por su abogado
y un activista de Grispís.

Les muestra unas estatuillas de marfil que,
jura y perjura,
fueron talladas en sendos trozos extraídos
de los blancos colmillos de su abuela.

El elefante, herido de piedad filial,
rasga sus vestiduras
llora
berrea
exige una reparación
un pedido de disculpas
un mea culpa o,
como mínimo,
un porcentaje de las ventas.

El abogado toma nota.

El activista, conmovido, le ofrece un pañuelo.
De papel reciclado. Faltaba más.

*La tierra que habitamos es un error,
una incompetente parodia.
Los espejos y la paternidad son abominables,
porque la multiplican y afirman.
El asco es la virtud fundamental.*

Jorge Luis Borges

"Historia universal de la infamia"

la doctora B., jueza de paz, se queja a su coiffeur

En el cantri ya no se puede vivir:
la muchacha me saquea el fríser
al nene me lo discriminan en la facultad
(cantri-boi, le dicen, como el tema de los bitles,
¿te acordás?)
el rot-uailer -bendito sea- mordió a mi suegra
al vigilante hay que vigilarlo
-a mi marido también -
no consigo un jardinero como la gente
mi vecina amaneció con cinco tiros en la nuca

¿no te parece que este corte me hace más vieja?

la señora C., agente inmobiliaria, presiente que la venta se le está por complicar

-Como pueden ver la vista
es preciosa...
Robles de ¡o-chen -ta- a -ños!

Por allá están las seis canchas de tenis,
la pista de atletismo,
el campo de golf,
el papi - fútbol
el lago artificial para kite y windsurf
las seis canchas de paddle
las caballerizas, la cancha de po...
-...
-¿Eh? No, no hay ni cine ni teatro.
Biblioteca tampoco. ¿Por?

la señorita D., mucama, hace planes románticos

ahora que la patrona se fue de viaje
voy a prepararle una rica comida al señor
-capaz que hasta le haga sopita paraguaya-
le voy a usar un poco del perfume a la patrona
y esas bombachitas negras, chiquitas
así le doy una sorpresa al señor
y se pone contento
y le voy a pedir platita
para traer a mi hermana de Asunción
y le voy a decir que me regale ese osito de peluche
y que me de franco los domingos
así puedo pasear con ella
y que venga a mi pieza
y que me dé besos suavечitos
y que se quede toda la noche
y que me hable bajito
y que me hable rico
como él sabe hablar
y que por favor que por atrás no
que duele

el coronel E., hombre previsor, practica frente al espejo

corta el aire de dos sablazos
saluda
se cuadra
dice sucio trapo rojo
dice sinarquía
dice judío roñoso
dice caos
dice anarquía
dice noche y niebla
dice aniquilación
dice vengo a traer la paz
el orden y el progreso

pero antes dunga dunga

el padre F., consejero espiritual, tiene pesadillas

el secreto de confesión lo tiene a mal traer
ego te absolvo
le dice al financista
al militar retirado
al abogado
al importador
a la diputada
al juez
al comisario
a esa señora que parece tan de su casa

ego te absolvo
les dice a todos

pero por las noche sueña
que el Señor baja de la cruz
y le dice
Yo no
y entonces el Señor
extiende las manos ensangrentadas
y le retuerce el pescuezo
como a una gallina enferma.

gracias a dios,
-suspira el curita, ya despierto-
Dios no existe.

el niño G., almita inocente , no puede dormir

no saca los ojos de la puerta entornada
vigila los zapatos
el agua y el pasto
la cartita en letras mayúsculas

SENIORES RELLES MAGOS DOS PUNTOS
ME PORTE MUI VIEN
CIERO UN MP3 COMO EL DE

el sueño que casi lo vence

cuando clipiticlop en el pasillo

papel de regalo que cruje

mucama en puntillas
poniendo paquete primoroso
sobre los zapatitos
mucama que se retira
otra vez en puntillas
sin escuchar
el llanto del niño
que se ahoga bajo la colcha
porque ahora sabe
que los reyes no son los padres.

el señor H., filósofo de derechas, reflexiona honestamente

mira por la ventana del Club House y ve:

ve los juegos pacíficos de los niños
las mamás rubias
los papás bronceados
las casas amplias y llenas de sol
los bebés gateando en los jardines
los vecinos que se saludan sonrientes
los perros gordos y adormecidos
los bellos adolescentes envueltos en nubes
de música y poesía inglesa

paz y belleza
paz y belleza
sólo paz y belleza

de este lado de las púas.

Nos lo hemos robado todo.
-se dice apurando el trago-

Todo.

Hasta la utopía.

el adolescente I., angry young man, redecora interiores

geografía de la velocidad y de la fragmentación:

un jarrón de porcelana de sèvres se estrella
contra un espejo de luna veneciana del siglo XVIII
mientras
una copa de cristal de praga
vuela hacia un jarrón de pekín
mientras
una mont blanc comprada en parís
se clava en la oreja de un martínferro de castagnino
mientras
una alfombra tejida por un derviche de bokhara
embébase de pis oloroso a heineken y a speed
y después
un clavicordio vienés se sumerge mudo para siempre
en la piscina revestida de mayólicas italianas
apenas
glub
y
glub
y después

nada

silencio

el jadeo de los pulmones

calmarse y a
buscar otra casa vacía

No es culpa mía – parece decir I.
con sus movimientos de comadreja
hiperexcitada -
que en este mundo cerrado
haya tantas puertas abiertas.

**don J., viejito alegre y un tanto procaz,
toca el acordeón para su vecina**

Los dedos dibujan firuletes
sobre el sexo del acordeón
mientras la rubia sesentona
-un poco demasiado flaca-
lo mira con pasión de entomóloga
por encima de los ligustros
antes de denunciarlo
por ruidos molestos
y atentado a la moral.

-Sei bella, ma va fan'culo - dice el galán
y después sigue con su vida:

caminar sonámbulo hasta la heladera
para acabar con i fungi e la sopresata,
cantar santaluchía
para que sabrosos tomates clandestinos
maduren con este último sol,
bailar funámbulo sobre los nervios
que su nuera tiende todos los días
de pared a pared,
y, básicamente,
cagarse en todo:
él no pidió que lo trajeran a este mundo
en donde todos lo tratan de Usted.

De noche extraña a los viejos vecinos.

el señor K., comerciante, tiene un despertar difícil

de espaldas en la cama,
mira sin comprender
la escasez de extremidades que lo aflige:
apenas cuatro
blancas y fofas:
¿dónde están sus patitas
negras
ágiles
quitinosas?
el miedo le da el empujón
para saltar de la cama
e intentar escabullirse debajo de la cómoda

el golpe lo atonta
se lleva la pata blanca y fofa a la trompa

¿pero dónde está su trompita de succionar basura?
¿qué es esa rajadura que está en su lugar?
¿una herida?

sin darse cuenta se yergue sobre las patas traseras
la altura le da mareos
sale a los tropezones de la habitación

de abajo vienen voces
palabras que no necesita entender para odiarlas
olores nauseabundos

abajo está la familia:
padre, madre, esposa, hijos, hermana, cuñado
cada uno con sus seis patitas
cada uno con su lustroso caparazón negro

el señor K. vuelve a la habitación
sin un solo ruido
se acuesta
y llora sus primeras lágrimas.

**la licenciada L., profesional judía otrora de izquierdas,
entra en el túnel del tiempo**

le rechazan la solicitud de ingreso
sin demasiadas explicaciones

-estamos seguros de que encontrará un lugar adecuado
para usted y su familia- dice el administrador con una sonrisa
que se curva en la palabra “adecuado”

la licenciada L. siente un sabor extraño en la boca

el aire se le ha espesado alrededor
se le ha vuelto aceitoso
como el humo de la grasa quemada
que tanto placía al Señor de los Ejércitos
en aquellos tiempos bíblicos en los que nunca creyó.

Sabe que ha llenado satisfactoriamente
todos los casilleros menos uno

justamente el que dice “Religión”

Tendría que haber mentido- se dice
mientras atraviesa el alambrado coronado de púas
los portones de hierro
la caseta de cemento con su guardia armado

y no se atreve a echar una última mirada
atrás.

el señor Ll., periodista, emite su opinión frente al piquete que lo detiene en su camino al hogar donde espera disfrutar de un merecido descanso:

- Negros de mierda.

el señor M., famoso ex futbolista, amenaza con el puño izquierdo en alto

ha movido influencias
ha intentado seducir
ha amenazado con escándalo mediático
ha puteado
ha suplicado
y nada:

ninguno de los propietarios del country
aprueba su solicitud de ingreso

ahora levanta el puño
muestra el tatuaje
y escupe:

piojos resucitados

ya van a ver
cuando los agarre fidel.

la señora N., ama de casa, espera visitas

camina la casa
-una vibración de legítimo perfume francés
la sigue como perro en celo-

cierra la puertas de las habitaciones vacías
baila con el perchero de cedro
una canción de juventud
que ya no entiende

desnuda frente al espejo
su cuerpo de violoncelo

hace sonar todas sus cuerdas

recorre la penúltima,
la más grave,
frente a la ventana abierta

pide bajito que alguien venga
que rompa los cristales blindados
que entre sin permiso, sin misericordia
que la coja
o que la mate

le da igual

el señor Ñ., guardia novato, recorre el alambrado

desliza plic,
su garrote plic,
por la malla plic,
de alambre, plic, plic, plic

cuenta los postes de cemento
los imagina puestos
uno encima del otro:
¿llegarán hasta la luna?

Saca la nueve milímetros
la lustra contra el pantalón
la hace girar sobre el dedo índice
le apunta a un farol
pum hace con la boca
y se ríe
y le brilla el diente de oro
recién estrenado.

El señor Ñ. está muy contento
con su trabajo nuevo
- allá en el Chaco no se podía más-
dice bajito mirando al norte
a través de los alambres.

No muy lejos
unas casitas de cartón y chapa
brillan bajo la luna
como los últimos dientes
de una boca enferma

que se ríe de qué.

**el Dr. O., prestigioso economista de Harvard,
finaliza su explicación del efecto derrame
(mediante presentación de Microsoft Power Point)**

-... y por los siglos de los siglos, amén.

(Fervorosos aplausos)

**el ingeniero P., alto funcionario de obras públicas,
la hace corta**

- con el diez no tengo ni para empezar
la cosa es el treinta por ciento o nada
¿cápisce?

mozo, para mí un chivas
¿pagás vos?

la señora Q., cocinera, extraña los guisos carreros

es que en esta casa están todos tan flacos
con esas patitas de guanaco como los que había en Cutral-có
y los mismos cogotes largos
y la misma mirada así, como desde arriba,
- eso sí, una no los ve andar escupiendo por ahí-

y esa guanaca que insiste con que cuente
las calorías, que son esos números tan chiquitos
que traen lo paquetes
y a mí que la vista no me da
y la cabeza menos
-nunca fui buena para los números-

menos calorías
menos calorías, Arminda
me dice

yo no sé que tienen de malo las calorías

si no hay nada más lindo
que el calor

Y nunca un guisito
y nunca una buena polenta
nunca nada

piel y huesos voy a quedar

el señor R., ladrón sensible, muere por amor al arte

nada le gusta más que el aire de una casa a oscuras
cortado en dos por la luz de la linterna

por ese fulgor se mueve, camina
como gato
como cisne siguiendo el caminito de la luna

el scruche viene fácil

la casa vacía
estuche de terciopelo azul
se abre en silencio
y le regala todas sus joyas

ya viene reculando, bolsa al hombro, cuando la ve

ella lo mira con ojos tristes
por encima de un hombro
que parece de arena impalpable

con los dedos de la linterna acaricia
el pelo corto y rojo
la espalda que se abre como un delta y fluye
en las nalgas y los muslos de hembra poderosa
y otra vez los ojos tristes
otra vez los ojos que llaman
y esa boca

quién será este modigliani
se pregunta, celoso

el ruido que hace la bolsa al deslizarse
tapa el clic de la Luger de colección
que dispara tres veces
manchando el cuadro de rojo

qué lástima, alcanza a pensar
mientras se derrumba

*Ya sabía, antes de abrir el estuche,
si el brillo era puro o era shomería
ojo de joyero, palabra de scruche,
pero de mujeres ni diome sabía... (1)*

(1) "Cumplido". Letra y música de Enrique Cadícamo

Snoopy, perrito faldero, vive sus últimos minutos

olisquea el tacho de basura
lo vuelca
muerde un tampón
corretea un aberrojo
gruñe a las ruedas de una mitsubishi
hace pis
se lame el culo
ladra con voz finita
persigue a una pitbull en edad de merecer
-ah, ese aroma-
la alcanza
salta infructuoso
juguetea
le ladra a las tetas
tira tarascones felices
-buen perrito garronero-

tan feliz el perro chico
que casi no siente
los dientes
cerrándose
sobre el cogote:

la colita le dice
sí al mundo
por última vez

y cruc

se come el garrón.

la señora T., anciana creyente, revisa sus convicciones religiosas

desde atrás de una cortina
espía a su hijo que habla por teléfono

escucha sus órdenes rasposas
sus ahora mismo
sus ése no me va a joder más

y esa risa de lobo malparido

entonces la señora T.
hace un gesto como de arrancarse la entraña
mientras piensa
que hasta dónde el aborto
es un pecado mortal.

la señora U., Licenciada en Psicología, visita una muestra fotográfica

de unos franchutes locos
que anduvieron por el sur
sacando fotos en un pantano
y que, créase o no, se llaman
Simone y Jean Paul.

Avanza cuadro a cuadro

se detiene un instante
ante los reflejos del cielo
sobre el agua estancada,

las sombras de las ramas
veteando los colchones de hojas muertas,

las burbujas de gas metano
explotando frente a sus ojos,

y, largamente, frente
a unas hojas doradas, resplandecientes,
que han sido puestas sobre el agua quieta
como por la mano de un dios.

Bello, muy bello- le dice a un conocido
que está mirando el mismo cuadro.

el hombre levanta un dedo
y señala algo que emerge por debajo del agua:
algo como una criatura de barro,
informe y asquerosa
que es la que realmente está sosteniendo las hojas.

-Sí, muy bello, hasta que ves lo que está surgiendo de abajo.
dice el tipo.

La licenciada U. se acerca mucho al hombre
y susurra con su voz perfumada:
-Te voy a decir un secreto: no hay remedio.
No hay remedio. No hay remedio.

Sólo nos queda elegir las hojas doradas.

el señor V., plomero, filósofo estoicamente

mete la mano en la cloaca
y saca,
entre puñados de excremento,
pitutos diversos que impiden
el normal desagote
de los habitantes de la casa:
toallitas
sonajeros
dentaduras postizas
raviolitos de nylon
balas del treinta y ocho

mierda de rico
mierda de pobre
-dice sin asco-
todo es la misma mierda

pero acá se cobra el doble.

míster W., agregado cultural, dicta su informe

son parecidos a nosotros y a la vez muy diferentes:

cultos
elegantes
religiosos sin ser fanáticos
deportistas
gente de mundo
aprecian el arte y la buena comida
tienen un nítido sentido de pertenencia social
prefieren un buen arreglo a una disputa
-los negocios y la política se conversan after dinner-
son graciosos
amigables
afectuosos
calculadores
ambiciosos
de muy pocos escrúpulos
y

(fuckin'argies)

uno nunca sabe qué están pensando en realidad:

dios no permita
que alguna vez dominen el mundo

el señor X., espía estatal, no puede con su genio:

ni siquiera el domingo
descansa de su tarea de hormiguita previsor
en este mundo de cigarras felices

mientras pasea por las callecitas
y por el césped verde inglés
recoge datos
anota conversaciones
clasifica gestos
graba rostros
registra visitas equívocas
se asoma a una que otra pelea matrimonial

la información vale oro
se dice satisfecho
mientras sigue caminando
con todas sus patas

La señorita Y., joven despreocupada, descubre que no nació de un repollo

en este momento siente
que se han muerto todas las cigüeñas del mundo
y que los repollos tienen un sabor muy amargo
y que a los bebés no los traen de París
(los bebés, descubre, a lo sumo desaparecen
en el Centro Piloto de París)

en este momento está mirando una foto
en un pedazo de diario arrugado
que trajo el viento
hasta su jardín

¿o no fue el viento?

el diario trae una foto
en la foto, nítido, su propio rostro
pero peinado a la moda de los setenta
y abajo
una fecha
y más abajo aún
ni olvido ni perdón
juicio y castigo a los culpables

la señorita Y. corre ahora
embistiendo la carne de la noche

deja atrás la casa
el césped verde inglés
se arranca las ropas
hasta quedar desnuda
como un bebé malparido
que llora
y que grita

y que quiere ser nadie.

el señor Z., escritor provinciano, imagina una novela que, espera, le traiga escándalo, fama y fortuna

esto va a estar rebuenísimo -se relame
mientras toma del pico un vino medio pelo-

algo que mezcle lo mejor y lo peor del cine noire
con la comedieta costumbrista

crudo y brutal realismo
con un touch surreal
y un poco de salsita naïve

una buena dosis de ruda prosa
con dos o tres pinceladas de poesía
- pour la galerie-

un par de lugares comunes
salpicados aquí y acullá
para entretener a la gilada
- a favor y en contra-

y sexo y sangre y violencia
y famosos con el agua hasta el cuello
y crítica social bien cool
- mirada brechtianamente distante-
cóctel posmoderno: no puede fallar

ah! y todo sucede en un country

Y se duerme feliz, pobrecito.

Sueña con una vida mejor:
casita en el prado
mujercita rubia y polentona
cachorros humanos y de los otros
triscando por el césped verde inglés

No sabe, almita de dios,
que con esa pinta de obreracho,
de plantígrado disidente,
de primate recién caído de la palmera
de pobretón esforzado, en fin,
jamás de los jamases lo aceptarían
en esos lugares
donde vive la gente como uno.